

Mis experiencias kafkianas

Por José Luis CUEVAS

Ilustraciones del AUTOR.



"Tú eres muy joven para ser tan pesimista, ¿por qué sólo pintas locos y prostitutas?"

Fue durante el verano de 1954.

"—Tome este libro, léalo durante el viaje. Estoy seguro que le interesará; sobre todo el relato titulado *La metamorfosis*." Me había dicho el gran crítico y amigo José Gómez Sicre al momento de entregarme un pequeño volumen azul. La locomotora silvó y el tren se sacudió con fuerza. De un salto abordé el vagón de segunda clase que me conduciría a la ciudad de Nueva York. "—¡Gracias, lo leeré!—", grité desde la escalera del tren agitando en el aire el libro. En pocos minutos Washington quedó atrás. Durante el viaje no leí. Me entretuve hojeando los *comics* del *The Washington Post* y en observar los rostros en reposo de los pasajeros. Algunos leían el *Time*. Esto me produjo satisfacción pues en esa edición venía mi foto ilustrando una extensa entrevista que me había hecho en Washington James Truitt. Durante un rato me entretuve con la idea de que alguien pudiera reconocerme y empecé a repetir el gesto hosco que había adoptado en la fotografía para facilitar la identificación... pero nada pasó. Después me quedé dormido y no desperté hasta que llegué a Nueva York. Abordé un taxi y di al chofer la dirección de un modesto hotel que me habían recomendado, situado, si mal no recuerdo, en la calle 45. Era barato y limpio, aunque algo sórdido. (Al cabo de unos días me enteré que casi todos los huéspedes —hombres y mujeres— eran ancianos jubilados por el gobierno. En más de una ocasión me encontré, al entrar o salir del hotel, a pequeños grupos de estos viejos, entonando canciones que sonaban a marchas, mientras ondeaban pequeñas banderitas con las barras y las estrellas. Algunos llevaban distintivos con el águila americana. Unos días antes de dejar yo ese hotel, uno de los ancianos murió durante una crisis de asma. Esa noche los sollozos de los viejos no me dejaron dormir).

Apenas dejé mis maletas en el cuarto, salí presuroso a la calle, ansioso de conocer la ciudad que visitaba por primera vez. Me dirigí antes que nada, al Museo de Arte Moderno para pedirle a Alfred Barr un pase que me permitiera el acceso al Museo, cuantas veces me diera la gana. Yo tenía derecho a ese privilegio, pues el Museo había adquirido dos de mis obras, durante mi exposición de la Unión Panamericana en Washington. Barr me recibió con gran cordialidad y me hizo pasar a la oficina de la Srta. Miller de donde salí con el pase muy contento. Ya en las salas de exposiciones, me entretuve más

observando a la gente que a los cuadros. Lo que más atrajo mi atención dentro de esa heterogénea fauna humana, fueron las muchachas *beatnicks* con sus largos cabellos negros que les llegaban, sueltos o en trenza, hasta sus elásticas caderas enfundadas en estrechas faldas color *beige* o *charcoal*. Una de ellas llamó particularmente mi atención y me puse a revolotear a su alrededor sin decidirme a nada. Ella no advertía mi presencia; estaba demasiado preocupada en descifrar el misterio que encerraban los inquietantes personajes que poblaban un cuadro de Paul Delvaux. Yo me situé a su izquierda, fingiendo interesarme en *La persistencia del Tiempo* de Salvador Dalí, cuando sentí que ella me miraba. Volví bruscamente la cabeza y me encontré con sus ojos de *vamp* observándome con fijeza. Me turbé algo y advertí que sus labios sonreían para abrirse después con expresión de asombro. Lanzó un chillido y luego me preguntó que si yo era JOSE LUIS CUEVAS, el de *Time Magazine*. Asentí con la cabeza y la invité a tomar algo en el restaurante del Museo. Aceptó con entusiasmo. Me costaba trabajo —y me sigue costando— expresarme en inglés. Ella insistía que le explicara por qué había dicho en *Time* que cuando niño despanzurré a un conejo para conocer y dibujar sus entrañas, y que eso mismo me gustaría hacer con las personas... Después quiso que le dijera el porqué de mis temas. "—Tú eres muy joven para ser tan pesimista, ¿por qué solo pintas locos y prostitutas?" Traté de decir algo pero ella no me entendió. Preferí entonces que ella hablara. Me enteré que se llamaba Julie, que era escritora, que vivía en Greenwich Village y que por las noches tocaba la guitarra en un café."—"Lo que escribo, ¿sabes?, no se parece en nada a lo que tú dibujas", me dijo mientras tomaba una de mis manos en un arranque súbito de ternura. "—He leído en *Time* que tienes veinte años. Yo tengo veintinueve. Creo que soy muy vieja para ti." Yo no hablé nada, preferí inclinarme y besar sus labios. "—Ven, me dijo sin soltar mi mano, al tiempo que empujaba con violencia la mesa. Me dejé conducir. Subimos las escaleras y llegamos al segundo o tercer piso. Recorrimos varias salas y entramos a un pequeño saloncito oscuro, en cuyo centro se exponía una caja metálica, dentro de la cual unas luces de colores se movían, produciendo un número limitado de efectos. Dos o tres personas, ensimismadas, contemplaban el prodigio. Julie, jadeante, me arrastró hasta un rincón y empezó a besar-

